

EL MENDIGO DE VALDECARROS

Organo del Asilo de pobres transeuntes.

CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCION: CASA RECTORAL

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN: SE REPARTE GRATIS.—SE SUPLICA UNA ORACIÓN O LIMOSNA PARA LOS MENDIGOS

La palabra de Dios.

Aquellos hombres, cuando vieron el milagro que había hecho Jesús, de multiplicar los panes y los peces, decían: Este es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo. Y Jesús, cuando entendió que habían de venir para arrebatarle y hacerle rey, huyó otra vez al monte solo. Y como se hiciese tarde, descendieron sus discípulos al mar. Y habiendo entrado en un barco, pasaron de la otra parte del mar hacia Capharnaum; y era ya oscuro; y no había venido Jesús a ellos. Y se levantaba el mar con el viento recio que soplabá. Y cuando hubieron remado como unos veinticinco o treinta estadios, vieron a Jesús andando sobre el mar y que se acercaba al barco, y tuvieron miedo. Más Él les dice: Yo soy; nada temáis. Y ellos quisieron recibirle en el barco; y el barco llegó luego a la tierra a donde iban.

(San Juan, cap. 6.º—Vs. del 14 al 21).

La Natividad de Ntra. Señora.

Las continuas oraciones y ayunos de los gloriosos San Joaquín y Santa Ana alcanzaron de Dios, después de veinte años de esterilidad, a la Sacratísima Virgen María, la cual, en el cuerpo, nació más bella y agraciada que ninguna criatura, y en el alma tan perfecta, tan adornada de gracia y de virtudes, que los ángeles la contemplaban absortos.

Como del cuerpo de la Virgen se había de formar el de Jesucristo, preciso era que aquella carne fuese perfectísima y proporcionada a la del Hijo. La Santísima Trinidad tuvo singular contento en el nacimiento de María.

La institución de esta festividad en la Iglesia la motivaron ciertas revelaciones de un santo anacoreta, que oía en el día 8 de Septiembre armoniosas músicas celestiales, diciéndole un ángel que celebraban el nacimiento de la Virgen María.

Las limosnas.

Todos los sacerdotes de la Diócesis recibirán con gusto cualquier donativo para la obra y tendrán la caridad de hacerlo llegar a mis manos.

Todo se aprovecha en el Asilo: ropas usadas, calzado, objetos para la vajilla, tocino, manteca, aceite, garbanzos, lentejas, guisantes, alubias, arroz, embutidos, bacalao, pan o harina, sal, pimiento, etc.

A la Natividad de Nuestra Señora.

Como después de noche tenebrosa con el alba se alegra el marinero cuando ve que cesa el viento fiero de la mar encrespada y procelosa,

así también la edad más venturosa se goza, ya que Dios, antes severo, quiere nacer de Vos, claro lucero, como nace la luz del alba hermosa.

Pues alba sois que a todos dáis contento, de todos recibid la bienvenida precursora del sol del firmamento.

Estrella sois del mar, recién nacida, haced, pues, amansar el crudo viento y que nos lleve al puerto de la vida.

La caridad.

La caridad no es más que el amor Despojado de impurezas, el amor elevado a lo sublime.

Tan antigua era la ley de la caridad como el Decálogo. Jesucristo, empero, introdujo una verdadera novedad: la de que hemos de amarnos los unos a los otros tal como Él nos amó, hasta llegar a dar su vida por nosotros.

A las señoras cristianas.

Quando sepáis el dinero que podéis gastar durante el año, comenzad por separar la parte destinada a los pobres, que es la de Dios.

Atendiendo a ellos en primer lugar, podéis estar seguras de que las bendiciones del cielo se derramarán en abundancia sobre el resto.

Separad para ellos una buena parte; nunca os empobrecerá la limosna.

Proponéos dar tanto por semana, o tanto por mes, y considerad como sagrada esta obligación.

Tal vez no falten ocasiones en que esta parte no sea suficiente: libres sois de aumentarla, reduciendo vuestra parte, pero jamás disminuyáis la suya.

Dar a los pobres—se ha dicho con razón—*es prestar a Dios.* Cada vez que el mendigo que recibe vuestra limosna os dice: «¡Dios se lo pague!», tened la completa seguridad, de que Dios hace suya esta petición de uno de sus hijos.

La escalera de cuerda.

Con el gracejo que le era peculiar, refiere la Vizcondesa de Jorbalán, hoy venerable Madre Sacramento, fundadora de las Esclavas del Sacramento y de la Caridad, un episodio de su vida, consagrada por aquel entonces a aliviar las necesidades de los menesterosos, hasta en los más bajos menesteres.

Visitó largo tiempo, remedió y convirtió a un mísero anciano, cuyo camaranchón tenía por puerta un agujero, a donde había que subir por una escalera de cuerda.

Un día llevó allá a dos señoras que deseaban ver al pobre y ejercer la caridad para con él.

—¡Cuál fué su sorpresa—dice la Venerable—cuando vieron que cogía la escalera de cuerda y la engan-
chaba para trepar a la gatera!

Atóse a la cintura un saquito en que llevaba el socorro para el pobre enfermo.

Luego que subió, comenzó a instarlas a que subiesen, aunque ya veía que no podían, pues intentaban subir, ya la una, ya la otra; mas al llegar al quinto escalón se echaban a temblar y se bajaban sin atreverse a subir más. También ella temblaba siempre algo, pero le animaba la idea de que subía al cielo y de que en aquel pobre veía a Nuestro Señor Jesucristo.

Acompañaba al pobre grandes ratos en ausencia de una hija costurera; le daba conversación, le leía y animaba, considerándose como una segunda hija suya, sin dejarle sospechar su alta posición.

Así, ganándole la confianza, le llevaba luego lo que más falta le hacía, y lo cierto es que le repuso el ajuar, cuidándole, ayudando a su hija a mudarle la cama, con otros servicios de caridad.

Hizo también que se confesara y persuadió al párroco a que le subiera el Santo Viático.

Recibió los Sacramentos con señales, al parecer bien claras, de alma predestinada, pasando a gozar más tarde de la Gloria, que se fué labrando con los consejos de la venerable Madre Sacramento.

DIVINO FIADOR.—*El mismo Señor se confiesa obligado a la paga de lo que, por su santo amor, se gasta con el pobre, como lo hizo el caritativo Samaritano (que representa a Cristo Nuestro Señor) cuando encomendó la asistencia del pobre llagado, diciendo que, cuando volviese, lo pagaría todo.*

EFICAZ ARGUMENTO.—*Si tienes riquezas y no socorres, ¿cómo entenderemos que tienes caridad y amor de tu prójimo?*

Caridad.

Como se esconde humilde en la maleza la pura liza de la hermosa fuente, así también la caridad paciente esconde entre los hombres su belleza.

No bulle en derredor de la grandeza, ni mendiga el aplauso de la gente, ni de la injusta ofensa se reñene, ni levanta orgullosa su cabeza;

antes callada, cual la luz que envía sobre el espejo de la mar serena el silencioso despertar del día,

de amor sublime para todos llena, entre todos reparte la alegría y ella a sufrir por todos se condena.

El olvido.

Voy a ceñirme en este suelto al olvido punzante y doloroso simbolizado por la indiferencia, y que forma la base de toda ingratitud.

El hombre nace siempre dispuesto para hacer el bien a los demás, si esta buena tendencia no la perturba el egoísmo.

Las más de las veces se desea que el beneficio sea agradecido, aunque no deba hacerse por este fin.

Hallar, pues, el olvido, en vez de la gratitud, produce una amargura que apenas se ven libre de ellas aun las almas que saben amar como Dios manda.

Nos queda un recurso para evitar esa amargura: hacer méritos para que se acuerden de nosotros con el ejercicio de la caridad. Una sola obra buena podrá pasar inadvertida: muchas no es fácil.

Cuando tengamos una satisfacción propia, pensemos en una desgracia ajena. Cuando gocemos de bienestar, pensemos en el malestar de muchos seres.

Acaso se dirá que están las ingratitudes tan generalizadas, que casi es prudente cierto sistema de olvido, para no tropezar cada día con nuevos ingratos. Este es consejo del egoísmo o de la pequeñez. Si hay pobres ingratos al beneficio que se les hace y desgraciados indiferentes al consuelo que se les da, hay muchos que no lo son, aunque no tengan la facilidad o la ocasión de expresarlo. De todos modos haciendo el bien en la esfera posible a cada uno, no sólo se cumple con la ley de Dios, sino que se aleja ese olvido que ofende, y se adquiere cierto derecho a ese recuerdo dulce, que todos deseamos merecer en esta vida y dejar en el mundo después de la muerte.

Acordémonos, pues, de los pobres, sino queremos ser olvidados por los pobres y los ricos.

SEGÚN MIDIERES, SERÁS MEDIDO.—*El mal tratamiento que no quieres lo tengan contigo, no lo uses con el prójimo; y todo el bien que tú quieres que otros tengan contigo, hadlo tú con ellos.*

SUBLIME RESPUESTA.—*De Jesús a Santa Catalina de Génova, quien alegaba no poder amar otra cosa que a Dios: Hija mía, aquel que me ama, ama todo cuanto yo amo, y amando al prójimo por mí, me prueba también su amor.*

TRISTE ERROR.—*Es el de aquellos que creen que se ama a Dios amando como quiera al prójimo. No, no tiene verdadero amor de su prójimo el que no es piadoso y compasivo con él.*

Diálogo interesante.

—¡Jesús, hija! Todos son a pedir y nadie a dar.
¡Me voy a borrar de todo!

—¿Qué te pasa, mamá?

—Que acabo de pagar un recibo del Apostolado y otro del Carmen, y ayer pagué otro de la Buena Prensa. Parece que todos son de la tribu de Isacar.

—Ya, ya: lo que debes hacer es borrarte.

—Eso pensaba yo. Porque un poco de aquí, y dos pocos de allá, se van los cuartos sin sentir. Tenemos demasiadas cosas, y no puedo tanto, y los tiempos están muy malos.

—Y luego que hay que atender a otras muchas necesidades.

—¿De qué te parece que nos borremos? Mira, tenemos el Carmen, que se da seis reales al año; el Apostolado y Buena Prensa, que damos dos reales al mes; al Roperero, diez céntimos cada mes; una peseta a las Hermanitas de los Pobres, todos los meses; un real a las Conferencias; cuatro a la Cruz Roja...

—Pues ahí tienes; entre unas cosas y otras, casi casi son doce reales cada mes.

—Así se encuentra una sin dinero casi siempre.

—Di, mamá: ¿cuánto dijiste que te costó el sombrero para este verano?

—Doce duros, hija mía.

—¿Y la tela para el traje de verano?

—Veinticuatro duros.

—¿Y los trajes para las fiestas de Agosto?

—Tres mil pesetas.

Algo carillo; pero es muy bonito, de lo más original que se hace.

—Para las ocasiones es el dinero, y yo lo que quiero es que ocupes el lugar que te corresponde.

—Me gusta más que el del año pasado.

—Pues duros más, duros menos, ha costado lo mismo.

—Luego la modista te va a llevar un dineral.

—¡Qué se va hacer! A mí en estas cosas no me importa gastar dinero.

RESIGNACIÓN

*Sufre, que por ti sufrí,
y en cuanto adverso te viene
piensa que así te conviene,
pues todo nace de mi...
Tu ingratitud me enclavó,
mi bondad me puso aquí,
nadie cual yo padeció,
y, pues todo es por tu bien,
bebe una gota por quien
un cáliz por ti bebió.*

Un cuento que puede ser verdad.

Erase un hombre pobre y muy viejo, que tenía la vista turbia, torpe el oído, y vacilantes las piernas. Cuando estaba a la mesa, apenas podía sostener su cuchara y derramaba la sopa en el mantel.

La mujer de su hijo, y aún su mismo hijo, se disgustaron por esto, y al fin, le relegaron a un rincón donde le servían una mala comida en una escudilla de barro, la cual, no pudiendo ser sostenida por las temblorosas manos del anciano, cayó al suelo deshecha en mil pedazos. Después de esto, le compraron una cazuela de madera, en la que prosiguieron dándole de comer.

Algunos días después, vió el matrimonio a su niño, de cuatro años, ocupado en juntar algunos trozos de madera.

—¿Qué haces, ahí?—le preguntó su padre.

—Una cazuela para que comáis cuando seáis viejos.

Marido y mujer se miraron atónicos sin proferir frase alguna; comprendiendo la lección que tan inocentemente les había dado su hijo, volvieron a sentar al anciano a su mesa, sin que sus labios proferieran la menor queja, cuando sus trémulas manos manchaban el mantel.

*Si de la eterna ventura
queréis gozar algún día,
tened la conciencia pura
y... confiad en María.*

Una lágrima de San Vicente de Paúl.

Preparábase una espléndida fiesta en la Corte de Ana de Austria, madre de Luis XIV.

San Vicente de Paúl había dado con frecuencia algunos consejos a la augusta señora, y por esta razón, tenía la entrada libre en la Corte a todas horas.

Se hallaba doblemente preocupado por la Reina, que gastaba mucho dinero en agradar a los vanidosos, y por los niños expósitos a su paternal cuidado encomendados, quienes morirían de hambre si dejaban de protegerlos.

Sin vacilar se dirige el santo sacerdote al salón regio con su pobre sotana, su barba desaliñada, y sus cabellos blancos.

Al verle los perfumados cortesanos, se sonrieron.

—Majestad—dijo Vicente—: vais a celebrar una fiesta, y también yo quiero preparar otra a mis pobres huérfanos, que pasan hambre; mis manos están vacías, pero por vos bendigo su miseria, porque nunca habéis rehusado socorrerlos.

Ana de Austria tenía un alma noble y sensible; se miró y pareció avergonzarse al contemplar su lujo, y quitándose los pendientes de su frente y las pulseras de sus brazos, lo puso todo en las manos del pobre sacerdote.

—¿Qué hacéis, señora? ¿Vais a privaros de esas preciosas perlas, que tan bien adornan vuestros cabellos?

Y como la Reina viese brillar una lágrima en los ojos del santo, corrió a decir: —¡Qué perlas hay que tengan el valor de una lágrima vertida por el Padre Vicente!

Rasgo de Caridad.

«En un derrumbamiento de un andamio, dos obreros se habían agarrado a un travesaño metido en la pared... Allí estaban suspendidos en el aire, silenciosos, sin atreverse a mirar al abismo. ¡Ah, gran Dios! ¿y después? El uno de ellos hizo un esfuerzo... el travesaño dió un chasquido agudo quedando rajado...

«¡No te muevas, gritó el otro o somos perdidos; es demasiado débil para los dos!»

Y transcurrió un minuto que les pareció un siglo...

—«¡Santiago, yo tengo hijos pequeños!»

—«¡Ah! ¡es justo!»... ¡Santiago encomendó a Dios su alma y, cerrando los ojos, soltó las manos...»

Y, ahora, decidme: ¿no es verdad que esto es bello, que esto es grande y heroico? Pues bien, todo esto es caridad, porque todo esto es amor.

ORACION PARA UNA NIÑA

*Reina hermosa del cielo,
Madre querida,
desde hoy bajo tu amparo
pongo mi vida,
porque me ayudes
a seguir por la senda
de las virtudes.*

*Y cuando haya salido
de aqueste valle
y pura en la presencia
de Dios me halle,
tu piedad tierna
me corone de flores
de gloria eterna.*

La caridad borra las enemistades.

HISTORICO

Dos damas de alta alcurnia de Madrid, hermanas políficas, estaban reñidas hacia largo tiempo, por cuestiones de familia y de intereses. Hubo en Semana Santa, un petitorio en las iglesias con destino a la Inclusa. Una de las señoras, doña A..., estaba pidiendo con el reclamo del conocido sonsonete sobre la bandeja de plata. De repente entra casualmente la señora doña B...; se detiene; algo grave pasa por su interior; mira a la peticionaria de un modo especial, saca un billete de cien pesetas y lo deposita en la bandeja. La señora doña A... la dice muy conmovida: «Señora, Dios se lo pague: mañana iré a dar a usted en su casa las gracias por su caridad».

Al día siguiente, las dos cuñadas se vieron, se abrazaron, y rompiendo ambas en llanto mezcláronse sus lágrimas, olvidando todos sus resentimientos; lo que no olvidaron nunca más fué aquel acto de caridad, que bastó para desterrar la ira de sus corazones.

¡Caridad, hija del cielo, bendita seas..!

La tómbola y la caridad de Cristo.

Yo creo que al bien hay que marchar por el camino del bien; y si, por recaudar una suma mayor o menor, que alivie en algo la desgracia de los niños tuberculosos, se desmoralizan el cuestor o el donador, lejos de cumplir un deber social, me parece a mí que se falta a muchos y la santa finalidad de la obra queda así maculada por la malicia de los medios.

Esta fiesta de caridad consiste en escamotear toda relación directa con el pobre; en colocar entre él y nosotros la valla funesta de un intermediario, viniendo, de este modo, nuestra caridad a ser una caridad de re-lumbrón, una caridad falsa.

Cuando damos al pobre nuestro dinero, le damos algo exterior a nosotros mismos, y la caridad debe ser personal. Caridad es amor y amor es abnegación, es sacrificio...; el sacrificio de nuestras preocupaciones, de nuestras comodidades, de nuestra salud, de nuestra vida...; ¡el don completo y acabado de nosotros mismos!

LO QUE DIOS QUIERE DE TI. — *Que andes solícito con tu Dios, para que guardes puntual su divina Ley y seas compasivo con tu prójimo.*

Coplas.

¡Has dejado que tu padre
ande pidiendo limosna!
Esa mancha no se quita
ni con agua de colonia.

Cuando se emborracha un pobre
todos dicen: ¡borrachón!
Cuando se emborracha un rico,
¡qué alegrito va el señor!

El que no tiene pané
con el viento es comparado,
que nadie se arrima a él
no le pegue un resfriado.

Vivo solito en el mundo
y de mí nadie se acuerda;
busco en los árboles sombra,
y los árboles se secan.

Mis amigos me desprecian
porque me ven abatido;
todo el mundo corta leña
del árbol que está caído.

Ninguno por estar bien
a ningún pobre desprecie,
que un galón de oro torcido
da la vuelta y se destuerce.

